

## CAPITULO XXXII.

RESUELVE CORTÉS SU JORNADA A MÉXICO: ENVIA UNA  
EMBAJADA A TLAXCALA: VARIAS BATALLAS  
QUE TUVO CON LOS TLAXCALTEGAS: HACE LA PAZ Y SE  
CONFEDERA CON LA REPUBLICA DE TLAXCA-  
LA: DESCRIPCION SUCINTA DE ESTA CIUDAD Y DE LAS  
COSTUMBRES DE SUS HABITANTES.

AÑO DE 1519.

Como no dejaba de haber murmuraciones entre los soldados, diciendo que Hernan Cortés los habia sacrificado, quitándoles los socorros de afuera ó de retirada con haber deshecho la armada, y los metia en el matadero al llevarlos á pelear con una multitud inmensa de indios que les habian de disputar el paso de sus tierras, juzgando que era una temeridad la jornada de México que se trataba con mucho ardor, Cortés (que te-

mia las malas consecuencias de estas hablillas) procuró valerse de su discrecion en este peligro, que fué uno de los mayores en que se vió, hablando á los principales por sí mismo y ganando la voluntad de otros por terceras personas: quando vió que los más se conformaban á sus intenciones, habló á toda su tropa junta en los términos más patéticos, representándole la honra que se iba á granjear en la conquista de un imperio tan rico y de donde habian de sacar grandes utilidades. Su discurso animó infinito á la tropa, la cual manifestó desde luego su deseo de ir á México, y Cortés, aprovechándose de este entusiasmo, dispuso su ejército en Zempoala, que constaba de quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, quedando como ciento y cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en la Vera Cruz, y por su gobernador el capitan Juan de Escalante, soldado de valor, y en quien tenia Cortés gran confianza. Requirió á todos los pueblos que se habian mostrado sus amigos y estaban alzados contra Moctezuma, y halló que eran cincuenta pueblos, que se ofrecian á poner en campaña como cincuenta mil hombres. El Cacique de Zempoala y los demás le previnieron como mil tamemes ó indios de carga para que llevasen el bagaje y artillería. Llevó consigo cuarenta ó cincuenta indios principales como en rehén

para asegurarse de la buena voluntad de los Caciques, y dejó al señor de Zempoala un paje suyo, de edad de doce años, para que aprendiese la lengua.

Después de haber allanado cierto encuentro que tuvo con Francisco de Garay, Gobernador de la isla de Jamaica, el cual pretendía tomar posesion de aquella tierra por la parte del Rio Pánuco, partió con todo este ejército para México el día diez y seis de Agosto de este mismo año. Fué bien recibido el ejército en todo el camino de Jalapa y pueblos de la misma confederacion; y viendo Cortés que los indios de aquellos pueblos eran tan dóciles y bien dispuestos, pretendió poner una cruz en cada pueblo por donde pasase el ejército; pero habiéndole manifestado el venerable padre fray Bartolomé de Olmedo y el licenciado Juan Diaz que seria una temeridad fiar la santa cruz á unos bárbaros mal instruidos, quienes podian hacer alguna indecencia con ella ó tributarle veneraciones supersticiosas, desistió sin repugnancia de su devota intencion. Caminó tres dias por tierra de amigos: entróse luego en lo áspero de la sierra, donde padeció mucho la gente: pasaron á fuerza de brazos la artillería, y se veían más fatigados á causa de las inclemencias del tiempo frío y lluvioso: faltaron los bastimentos, hasta que, vencida la sierra, llegaron á Zo-

cotlan, donde se proveyeron de ellos. Este lugar es un pueblo grande, situado en el valle del mismo nombre; y porque un soldado portugués dijo que se parecia á la Villa de Castel-Blanco, en Portugal, conservó algunos dias este nombre. Recibiólos muy bien Olintetl, Cacique de aquel pueblo, venerado por el mayor entre sus comarcanos. Cinco dias se detuvieron los españoles en Zocotlan; y como su Cacique era muy aficionado al Emperador Moctezuma, queria persuadir á Cortés dirigiese su marcha por la provincia de Cholula; pero los zempoales amigos le dijeron reservadamente que no se fiasse de semejante consejo, porque era muy posible que aquel Cacique los encaminase al riesgo con siniestra intencion, pues Cholula era un pueblo numeroso y tenia siempre guarnicion de tropa mexicana; que mejor seria, y más seguro, pasar por la provincia de Tlaxcala, con la cual tenian confederacion los totonaques y zempoales sus amigos.

Pareció bien este consejo á Cortés, pues halló más razon de fiarse de unos indios amigos que de un Cacique tan leal y adicto á Moctezuma. Mandó que marchase el ejército por las tierras de Tlaxcala: hizo alto en un lugar de mediana poblacion, que se llama Jacatzingo, y supo que estaba la tierra puesta en armas. Gobernábase esta provincia segun el sistema aristocrático, por

lo cual trató de enviar mensajeros á la República para facilitar el tránsito de su ejército. Fueron recibidos sus embajadores por el Senado de Tlaxcala del modo acostumbrado, y oída su propuesta, confirieron entre sí los Senadores. Ponderóse al principio la importancia del negocio, y luego fueron discordando los votos, hasta que Magitcatzin (uno de los senadores, el más anciano y de mayor autoridad en la República), tomó la palabra y les pronunció un elegante y juicioso razonamiento, persuadiéndoles con fuertes razones para que admitiesen estas tropas extranjeras con benevolencia y les concediesen el paso que pretendían.

Ya estaban dispuestos todos los votos á seguirle por aclamacion, cuando pidió licencia para hablar uno de los Senadores (llamado Xicotencatl, uno de los cuatro Senadores que en aquella República tenían la suprema autoridad, mozo de superior espíritu, que por su valor y hazañas ocupaba el puesto de general de las armas de la República), su discurso fué enérgico y marcial, y hicieron más fuerza sus razones que las de Magitcatzin porque se conformaban más con la inclinacion de aquella gente de un espíritu guerrero; pero se resolvió tomar una resolucion entre ambas opiniones, disponiendo que Xicotencatl reuniese sus tropas y probase la suerte de sus

armas con los españoles, proponiéndose que si los vencía, se lograba el crédito de la República, y si era vencido se echaria toda la culpa sobre los otomíes como bárbaros y gente mal disciplinada, y no faltarian disculpas que dar sobre el particular y siempre tendria ocasion la República para tratar de la paz; que entretanto seria conveniente detener los embajadores zempoales en prision disimulada, mirando, como siempre y religiosamente lo habian practicado, la fe dada á los embajadores y consiguientemente á la conservacion de sus aliados.

Ocho dias se detuvieron los españoles en Jacatzingo esperando el resultado de su embajada. Confirmóse entónces Cortés, por la tardanza de sus mensajeros, en la sospecha de que los tlaxcaltecas rehusaban el paso á sus tropas y podian estarse previniendo para una vigorosa resistencia. Resolvió, sin embargo, continuar su marcha y acercarse á la misma ciudad de Tlaxcala ántes de que tuviese tiempo de reunir sus tropas aquella República. A poco más de dos leguas de marcha, salieron de su emboscada cinco mil indios de guerra que acometieron á nuestras tropas con mucho valor; pero fueron desbaratados, sufriendo alguna pérdida. Al dia siguiente se dejó ver segunda vez un grueso cuerpo de tropas enemigas, mayor que el pasado, el cual se acercó á nues-

tro ejército con orgullo. Descargaron los indios sus flechas casi inútilmente, y al mismo tiempo comenzaron á retirarse. Conoció luego Hernan Cortés que aquella retirada envolvía alguna estrategia, y así fué prosiguiendo su marcha con todas sus fuerzas bien unidas sobre la huella del enemigo; y habiendo llegado á una eminencia, descubrió en lo llano de la otra parte un ejército que pasaria de cuarenta mil indios. Venian entre ellos los nobles de Tlaxcala, y le mandaba como gefe principal Xicotencatl en persona.

Pudieran desmayar los españoles al ver tan desiguales fuerzas; pero con el recuerdo de lo sucedido en Tabasco, cobraron aliento y Hernan Cortés tuvo poco que hacer para animar á sus soldados. Marchó con valor hácia aquel ejército formidable: acercóse á él en buen orden, procurando sacarlo al llano: jugó con acierto su artillería, destruyendo columnas enteras de indios, y con el manejo de su caballería desordenó toda esta multitud de enemigos, que hicieron prodigios de valor, ya disparando una lluvia de piedras sobre los nuestros, ya descargando una nube de flechas y llegando á molestarnos con sus chuzos. Más de una hora duró esta funcion, empezándose á dudar del suceso, cuando cesaron de combatir y se volvieron poco á poco por el camino de Tlaxcala. Murió la mayor parte de los ca-

pitanes de los indios: fué grande el número de sus heridos: padeció mucho la flor de su nobleza, por lo que tuvo á bien Xicotencatl tocar á recoger y retirarse. De nuestra parte quedaron algunos castellanos heridos, pero ninguno muerto, y el campo quedó por nuestro. Celebróse esta victoria en el mismo campo, dando los españoles muchas gracias á Dios por haberles librado de tan grande peligro, y regocijados los indios amigos, hicieron danzas y toques de sus instrumentos, miéntras en Tlaxcala se lloraba con pública demostracion la muerte de sus capitanes y Caciques. Este fatal suceso dió lugar á varios discursos en el Senado. Magitcatzin se jactaba de haber prevenido esta desgracia, y aconsejaba la paz; mas Xicotencatl pedia que se reformase el ejército, y proponia tomar venganza señalada de los españoles y de sus aliados. Inclínose al fin el Senado de la República á que se prosiguiese con todo empeño la guerra.

Hernan Cortés, sin perder tiempo, procuró mejorar de situacion. Habia entre los dos ejércitos un paso muy estrecho y peligroso, que los tlaxcaltecas defendian y por donde los españoles necesariamente habian de pasar. Diego de Ordaz ofreció ganarle con sesenta castellanos; y aunque llovian flechas sobre él y sobre todos, se defendian de ellas con las rodela puestas en la ca-

beza, sin dejar de pelear, cerrados unos con otros y sin perder la forma de su escuadron: ganaban terreno, y reforzándose vencieron el paso, á pesar del esfuerzo del enemigo, quien se los disputó bien. Viendo los tlaxcaltecas que no les quedaba defensa, por haber perdido este paso barrancoso, abandonaron la campaña, y nuestro ejército avanzó hasta un pequeño pueblo, en el cual habia un templo con una torrecilla, que despues se llamó de La Victoria. Aunque desde allí quiso Cortés entrar en tratados de paz, y con este fin envió á los tlaxcaltecas unos mensajeros; viendo que los tlaxcaltecas no se inclinaban á ella, deseosos de aplacar la ira de sus dioses con el sacrificio de sus enemigos (esto lo supo por varios prisioneros que habia hecho), reconoció el campo de batalla y se previno con toda la diligencia posible para acreditar sus armas en otro encuentro con esta nacion belicosa. En efecto, se dejó ver dentro de poco el grande ejército tlaxcalteco, que se componia de ciento y cincuenta mil indios; último esfuerzo de la República y de todos sus aliados, para coger vivos á los españoles y llevarlos al sacrificio. Traian de nuevo una águila de oro, con las alas extendidas, levantada en alto: estandarte de la República, el cual solo acompañaba á sus huestes en las mayores empresas. Acercóse este numeroso ejército con muy buen

orden, y sufrió con bastante constancia la descarga de nuestra artillería, que como no iba ordenado en columnas sino en pelotones muy apretados de indios, hizo competente estrago en ellos. Vueltos del primer asombro los indios, se adelantaron de tropel hasta distancia que podian jugar sus ondas y disparar sus flechas: cargaron valerosa y porfiadamente, y detuvo su impetu el tiro multiplicado y bien servido de nuestra fusilería. Duró largo tiempo el combate bien sangriento de parte de los indios, y con poco daño de los españoles por la diferencia de armas y el mejor concierto en en pelear, y al fin se retiracion los indios espantados de tanta matanza de los suyos. De allí á dos dias, pareciéndoles á los tlaxcaltecas que en lugares angostos podrian tener más ventaja sobre los castellanos, se presentaron con todo su ejército reunido que les habia quedado, y con igual porfia y valor acometieron á los nuestros: pelearon cinco horas con mucho coraje, pero fueron recibidos del mismo modo sin que pudiesen prender á ningun castellano, que era lo que más deseaban: la artillería destruyó filas enteras de indios, porque los cogia muy apretados, y más en la angostura del terreno. Finalmente, despues de muy cansados y destrozados, como asimismo corridos de no haber podido conseguir su intento, se retiraron desordenadamente, diciendo que los